

Entrevista con Adriana Ortiz-Ortega

Por Mario Pecheny - Febrero de 2011



Economista y politóloga, con postdoctorado de la Universidad de Rutgers, doctorado de la Universidad de Yale y maestría en Economía Política por la Universidad de Essex, Inglaterra. Especialista en temas de impulso a la producción científica, educación internacional, género y sexualidades. Es profesora titular de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México. Ha publicado más de treinta capítulos de libro y artículos científicos en temas relativos a la producción científica mexicana, el género y las sexualidades; su publicación más reciente en los últimos campos es 'Women's Sexualities, Sexual Rights, and Violence in México', en Castaneda, Donna (ed.) The

Essential Handbook of Women's Sexuality. Santa Barbara, CA: Praeger, ABC Clío. 2013. P. 187-210. En 2012 fue responsable tanto de la elaboración de un diagnóstico sobre desigualdad, discriminación, acoso y violencia sexual, como de un análisis social sobre la normatividad para el Instituto Federal Electoral de México.

Queríamos que nos cuentes cómo fue que comenzaste a trabajar en temas ligados a la sexualidad y a los derechos.

En 1990 yo estaba terminando mis clases del doctorado en Ciencias Políticas en Estados Unidos, y a mí siempre me había interesado el tema de la situación de las mujeres y de la política pública. En ese momento conocí a Rosalind Petchesky, quien estaba armando un grupo de investigación internacional sobre cómo las mujeres construyen una noción de derecho de su sexualidad y su reproducción y me pidió que la ayudara aquí en México a ver quiénes eran las personas que lo hacían. Yo hice una lista muy completa de personas que lo podían hacer y me dijo "no, la que creo que mejor lo puede hacer eres tú". Así fue como empecé a trabajar muy específicamente en temas de derechos y de sexualidades.

¿Pero qué es lo que te motivó a vos a encarar esos temas? ¿Era un interés puramente académico, político...?

Yo llevaba muchos años como feminista, muchos años preguntándome sobre la situación de la mujer. Yo, por ejemplo, vengo de una familia que son puras mujeres solas —mi mamá se divorció, pero las mujeres anteriores a ella habían enviudado—, que habían tenido que encarar la vida, salir adelante fuera de la estructura de un matrimonio tradicional. Esto a mí me hacía pensar cómo las mujeres estamos muy marcadas por nuestra sexualidad, ¿no? Por otro lado, yo misma, en el momento en que decidí llevar una vida lésbica —por 1983, como siete años antes de lo que te conté— me di cuenta de que esto iba a marcar profundamente mi vida. Entonces pensé que era algo que yo tenía que estudiar más, reflexionar más. No lo planteé tan conscientemente, pero creo que eso fue un factor que influyó definitivamente.

Y las circunstancias políticas en las que vos comenzaste a trabajar, ¿en qué sentido determinaron o no tu propia tarea como investigadora y como activista?

Antes de hacer el doctorado, me había ido adaptando a lo que había, a lo que podía estudiar y hacer. Yo tenía una inspiración más artística, más introspectiva, pero también una necesidad de producir un cambio en estructuras que veía que no funcionaban. Entonces había empezado como economista y como politóloga a estudiar temas de política petrolera, y me iba bastante bien. Pero un día mi jefe descubrió que en mi credencial de investigador yo pedí que pusieran “investigadora” y se puso furioso, y me dijo “usted es una feminista ¿por qué tiene eso?”. Y caí de su gracia, dejé de ser una mujer inteligente y me volví una feminista, que era algo “terrible”.

¿Esto era en la universidad?

Esto era en El Colegio de México, en “el paraíso” de El Colegio de México, del “Colmo de México” como el crítico de arte Bruce Swanzey bautizó a la institución. Corría el año 1983 y ahí seguí trabajando “asustada” por sentir que salía de una norma imaginaria que siempre estaba presente, hasta que en 1986 recibí una invitación para salir a trabajar a Alemania. Sin embargo, de 1983 a 1986 fui investigadora de tiempo completo aunque sólo tenía 26 años. Y así, pues, me ganaba la juventud y yo no “entendía” y continué haciendo cosas “horribles”, “terribles”: acepté la invitación para ser parte del comité editorial de la revista Fem y estaba entusiasmada en cooperar en armar el primer programa de estudios de la mujer, que en aquellos años dirigía Elena Urrutia. Yo era colaboradora regular de ella, porque había estado en Inglaterra y me interesaba mucho apoyar toda posibilidad de promover el estudio, el estatus de las mujeres. Por estas cosas yo era vista como una loca por algunas de mis colegas quienes se preguntaban: “¿Cómo una mujer inteligente que tiene una carrera sería la pone en peligro por acercarse a estos temas?” Mientras me pasa todo eso decido que lo mejor es partir, irme a hacer el doctorado a Estados Unidos. Pero primero me voy a Alemania, porque tengo una invitación, ¡una gran invitación a ser investigadora en un centro avanzado de estudios en Berlín donde por primera vez pude estudiar el contexto socio político y la situación de las mujeres en México! Fue así como dejé El Colegio de México la primera vez. Fue cuando termine mis clases y comencé mi trabajo de campo para la tesis.

Y el contexto en general del país o de la región, ¿estimulaba o boicoteaba el interés por estos temas?

El contexto era “padrísimo”, como decimos las mexicanas, pero no era evidente. Por un lado, el debate sobre sexualidades y derechos era muy incipiente, apenas lo comenzábamos a construir sobre la marcha. Hoy hablamos de derechos sexuales y reproductivos, pero en aquellos momentos era apenas una propuesta teórica; y en la realidad académica esos temas son, siguen siendo, anatema. Pero lo positivo fue que afuera de la academia, en el

contexto internacional activista, el movimiento feminista estaba creciendo y empezaba a haber una posibilidad de un movimiento internacional de mujeres –una posibilidad que se materializaría en las reuniones de Beijing y El Cairo–¹. Eso era muy estimulante. Por entonces había mucha cordialidad, una relativa cercanía, una red de activistas que estábamos impulsando esto en México: Arturo Díaz, Gloria Careaga, Claudia Hinojosa, Teresita de Barbieri, Juan Guillermo Figueroa, Ana Luisa Liguori, Marta Lamas, entre muchas otras.

En este contexto, comencé de nuevo a tratar de tender puentes entre la academia y el activismo. Decidí inscribirme en el doctorado de una universidad prestigiosa como Yale; mi asesor de tesis, David Plotke, quien estaba ya en esa universidad, me sugirió entrar a una universidad que me diera el prestigio para poder trabajar los temas de sexualidades y democracia que me interesaba abordar desde la academia. Me aceptaron en la Universidad de Yale en 1989. Fui una estudiante brillante durante mis clases, pero comencé a “padecer” profundamente en cuanto terminé mis clases y comencé mi tesis de doctorado porque, aun en Estados Unidos, de nuevo todos pensaron que “era una pena” que una mujer tan inteligente y buena estudiante se dedicara a estudiar ¡el tema del aborto! Entonces dijeron “no, pero esos son temas sociales, además no sabes cuántas mujeres abortan; por tanto, no puede ser un problema social de gran magnitud, deben ser unas cuantas”. Te juro que eso me dijeron. Juan Linz, un politólogo muy reconocido, no aceptó dirigir mi tesis. Pero como finalmente me aceptaron el tema, regresé a México y tuve la buena suerte de que The Population Council, gracias a la recomendación de Lucy Atkin, me invitara a ser coordinadora del Programa para prevenir el aborto inducido. Ahí es cuando empiezo a integrar grupos de investigadoras que trabajen estos temas. Conocí a Ana Amuchástegui y la invité a trabajar en el proyecto. Dos años después me invitó Rosalind Pechetsky a trabajar con ella en un proyecto sobre derechos sexuales; la oferta era muy atractiva porque me daba la oportunidad de reconciliar muchos intereses: estar cerca de los debates internacionales, pero establecerme en México desde un debate académico sólido.

Y conociendo el campo de la ciencia política, que se presenta como la ciencia más dura dentro de las ciencias sociales, ¿cómo viviste eso dentro del campo específico de tu disciplina? ¿Te ubicó en el margen, pero te mantuviste dentro de la disciplina, te fuiste a otros campos...?

Pues yo me fui al margen. Con decirte que en la Universidad de Yale fui la primera mujer que escogió el área de género y política, y para hacerlo yo misma tuve que fabricar las lecturas, para lo que busqué apoyos de profesoras que estaban en el departamento de Historia y Sociología. Una historiadora muy famosa que se llama Nancy Cott, que hoy está

¹ V Conferencia Internacional sobre Población y Desarrollo, realizada en El Cairo en 1994 y IV Conferencia Mundial sobre la Mujer, realizada en Beijing en 1995.

en la Universidad de Harvard, fue de las primeras que empezaron a hacer estudios sobre los movimientos de mujeres². Es entonces cuando yo conozco a Rosalind Petchesky, quien para mí era “lo máximo” porque era una de las poquísimas o la única politóloga con quien yo me identificaba: hacía un trabajo aplicado, le interesaba el tema del aborto y era una politóloga que gozaba de relativo prestigio. Claro, ella estaba ubicada más bien en los Women Studies, y en el Hunter College de la City University of New York, que es un enclave de acción pública radical de la ciudad de Nueva York. Para mí, la vinculación con ella era fundamental para tratar de construir algo que tuviera resonancia política. Yo no conocía a nadie así en México, y todavía no conozco.

¿Y quién te dirigió la tesis?

Como te decía, me la dirigió un hombre muy lindo que era especialista en temas de democracia, David Plotke, que estaba en la Universidad de Yale, pero venía de la Universidad de California. Un hombre muy formado a quien echó fuera el sistema de Yale; él luego entró a la New School for Social Research, donde se volvió el director del departamento de Ciencia Política. Ahí hizo una carrera, pero tú te vas dando cuenta del costo que tiene en tu carrera académica el meterte en temas como democracia, mujeres, género, sexualidades, de los cuales éste último sigue siendo el tema más controvertido de todos.

Un poco lo adelantaste, pero en términos de corrientes, autores y profesores, ¿quiénes crees que influyeron más en tu formación, y qué recuperarás en tu trabajo actual?

Inicialmente me acerqué al trabajo de Jeffrey Weeks en 1983 cuando vivía en Inglaterra, y empecé a leerlo. También conocí a Cornelius Castoriadis, porque yo era alumna en Inglaterra de Ernesto Laclau. Pero en aquel entonces yo no pensaba estudiar sexualidades, nada más pensaba “¡guau, qué interesantes!”. Luego, cuando me empecé a animar en el doctorado a tener un área propia, más bien entré en el tema de la reproducción y la política. El tema de la sexualidad me parecía que todavía no. Fue más adelante, cuando Bárbara Klugman de la Fundación Ford me invita a coordinar un grupo, que me dediqué específicamente a trabajar el tema de sexualidades; antes hacía aproximaciones graduales. Desde aquellos años que conocí a Weeks publiqué algunos artículos, como la editorial de la revista Fem, o saqué algunas cosas de los artículos sobre derechos sexuales³ y reproductivos, pero así decíamos, “derechos sexuales y reproductivos”. Y yo creo que las

² Cott, Nancy. *The Bonds of Womanhood: ‘Woman’s Sphere’ in New England 1780-1835*. New Haven: Yale University Press, 1977. Cott, Nancy. *The Grounding of Modern Feminism*. New Haven y Londres: Yale University Press, 1987.

³ Cott, Nancy. *The Bonds of Womanhood: ‘Woman’s Sphere’ in New England 1780-1835*. New Haven: Yale University Press, 1977. Cott, Nancy. *The Grounding of Modern Feminism*. New Haven y Londres: Yale University Press, 1987.

metodologías que armábamos estaban hechas para que las mujeres no se sintieran con libertad de hablar de sexualidad, porque nunca encontrábamos nada.

¿Cuándo estuviste en Inglaterra?, ¿antes de ir para Estados Unidos?

Sí, yo terminé la carrera de economista en 1980 en la Universidad Autónoma Metropolitana en México, de ahí conseguí una beca para irme a la London School of Economics, y allí descubrí que había un programa muy bueno en la Universidad Essex y me cambié a Essex, donde conocí a Laclau, a Castoriadis⁴, a Chantal Mouffe⁵, Bob Jessop. Eso fue en 1981 y empecé a frecuentar todos estos círculos. Los primeros estudios de la mujer con financiamiento de la Fundación Ford abrieron en 1983. Me regresé a México, entré a trabajar en El Colegio de México en política petrolera, en el Programa de Estudios de la Mujer del Colmex que acababa de abrir. Y luego fui a Yale a estudiar política y planificación familiar, políticas de población. Cuando acabé e hice la propuesta de tesis doctoral sobre el tema de aborto, entré al Population Council, y luego ahí, años más tarde, a través de los derechos sexuales y reproductivos de alguna manera empecé a trabajar sexualidad...

¿Y cómo fue que comenzaste a relacionarte con colegas de otros países de la región?

Pues desde que yo salí de México en 1980 a estudiar afuera, me di cuenta de que era necesario tener una vinculación con gente de otros países, que era fundamental porque muchas de las cosas que a mí me interesaban y que no estaban en México, sí estaban en otros lados. Entonces soy internacionalista desde aquella época, incluso de mucho antes, porque ya mis padres habían hecho sus posgrados fuera de México. Para mí no era algo tan nuevo trabajar con colegas de otra parte del mundo. Y luego, cuando sucede eso que te cuento del Population Council, empezaba a gestarse un movimiento internacional a favor de los derechos, a favor de tratar el tema de sexualidades. Entonces ahí sí, abierta y plenamente empezamos a participar en los circuitos internacionales; yo empecé a participar, pues mi pareja, Claudia Hinojosa, ya estaba en todo esto desde antes.

A decir verdad, yo empecé por algo mucho más internacional y me fui acercando a la región después, al trabajar con colegas latinoamericanos, pues hasta finales de los años noventa, al menos en mi experiencia, era mucho más fácil conseguir financiamientos para viajar a congresos internacionales, donde había gente de todas partes del mundo, que viajar dentro de América Latina y poder compartir con colegas de la región. Ése fue un sueño que sólo cumplí cuando empecé a trabajar con la Federación Internacional de Planificación

⁴ Castoriadis, Cornelius. *La sociedad burocrática*. Barcelona: Tusquets, 1976. Castoriadis, Cornelius. *La experiencia del movimiento obrero*. Barcelona: Tusquets, 1979. Castoriadis, Cornelius. *La institución imaginaria de la sociedad*. Barcelona: Tusquets, 1983.

⁵ Laclau, Ernesto y Mouffe, Chantal. *Hegemonía y estrategia socialista*. Buenos Aires: FCE, [1985] 2004. Laclau, Ernesto. *Emancipación y diferencia*. Buenos Aires: Ariel, 1996. Mouffe, Chantal. *El retorno de lo político*. Barcelona: Paidós, 1999.

Familiar, la IPPF, después de que terminé el doctorado y me quedé viviendo en Nueva York. Ahí empecé a tener financiamientos para viajar a Nicaragua, Colombia, Costa Rica, Venezuela, Brasil, a finales de la década de 1990.

Vos mencionaste a Claudia Hinojosa, quien es tu pareja. ¿Qué papel cumplió ese vínculo con ella, que es básicamente una activista, y la experiencia de haber formado una familia en tiempos donde no era tan visible lo que hoy se llama co-maternidad? ¿En qué medida eso influyó para tu labor como investigadora? Lo planteo como para pasar también del aborto a cuestiones más ligadas a la política y a lo sexual.

Definitivamente Claudia fue fundamental para que me metiera en estos temas, porque como yo había tenido una experiencia medio traumática en El Colegio de México, tenía temor de hacerlo, pues pensaba que me iba a pasar algo terrible, como de hecho me pasó. Pero ella me animó mucho, y me animó a meterme desde el punto de vista de la historia social, que a mí me pareció fascinante. Cuando empecé a ver el trabajo de Linda Gordon⁶, de Nancy Cott, que observaban todos los detalles sobre cómo habían vivido las mujeres en una época y –lo que a mí me llamaba mucho la atención– cómo se construyen los movimientos sociales, cómo la gente lograba construir una idea, transportarla en el tiempo, influir a los demás, conseguir un derecho, y luego qué les pasaba, si los perseguían o no, cómo cambiaban, como una suerte de psicología social pero llevada al campo de la política. A mí todo esto siempre me apasionó. Entonces Claudia fue un factor, un pilar fundamental. Y yo me ubiqué como alguien que hacía esto como una especie de mártir resignada, en el sentido de que a lo mejor no ibas a recibir lo que querías de reconocimiento social, pero sí ibas a hacer lo que te gustaba e interesaba. No me imaginaba un mundo donde, además, en la academia se iba a abrir un espacio para que esto realmente ocurriera.

Después de todos esos años de haber estado en Inglaterra, en Alemania, en Estados Unidos, yo siempre había querido tener un hijo, y Claudia había sido muy solidaria de esa idea, de que lo hiciéramos como pareja. Y empezamos a construir una familia, había que inseminarse, ver cómo lo hacíamos, y eso hicimos. Desde finales de 1980 vimos parejas lésbicas en Estados Unidos que no les había pasado nada, cuyos niños eran felices, y entonces cuando regresamos a México empezamos a buscar cómo inseminarnos, qué se podía hacer... toda esta historia ya la sabes, porque la he contado en otros espacios, pero básicamente fue que primero el activismo me llevó a conocer posibilidades de vida. Y yo creo que ésa es la razón por la que yo he hecho todo esto, para construir otras opciones de vida. Y a partir de ahí ya construimos una familia. Una vez construido todo eso a mí no me parecía necesario estudiarlo como una forma para entender mi vida o entender mejor a

⁶ Gordon, Linda. *Pitied but not entitled: Single Mothers and the History of Welfare, 1890-1935*. Nueva York: The Free Press, 1994. Gordon, Linda. *The Moral Property of Women. A History of Birth Control Politics in America*. Chicago: University of Illinois Press, 2007.

la sociedad, sino como una forma de expandir otro tipo de entendimiento a una cosa más social, de generar un cambio político.

Y hoy día, en 2011, ¿qué temas estás trabajando?

Me interesa mucho la influencia del antifeminismo en ir borrando todo lo que hicimos a lo largo de los últimos 20 ó 30 años. Ésa es mi gran preocupación hoy. También me llama mucho la atención cómo es la interacción entre distintas fuerzas políticas para ir creando escenarios de fragilidad o fuerza.

¿Y cómo entraron en tu agenda estos temas?

Yo empecé a vivir de una manera muy directa la erosión de las agendas de El Cairo y Beijing cuando fui coordinadora del Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer en El Colegio de México, de enero de 2004 a diciembre de 2007. En ese momento me llega la invitación de Bárbara Klugman de construir un espacio de diálogo con los estudios sobre las sexualidades, porque ella tenía una opinión muy buena de lo que había sido el Programa de Salud Reproductiva y Sociedad de El Colegio de México. Es muy interesante ver cuál es el espacio institucional en el que habitan este tipo de estudios, o sea, cómo se facilitaba que este conocimiento se construyera y se preservara en el tiempo. Yo empiezo este estudio sin calcular que una de las cosas que podría estar afectando mucho este campo era el cierre de espacios por falta de presupuesto: dicen que no hay pero, la verdad, siempre hay dinero... lo que pasa es que se decide gastar en otras cosas. La educación pública, tan desprotegida en nuestros países, se ve obviamente mucho más limitada en el campo de las sexualidades. Y, además, esta desprotección se ve alentada por una falta de conocimiento de parte nuestra sobre cómo funcionan las estructuras de poder dentro de las universidades, y sobre cómo se podría propiciar otro tipo de encuentros con la administración. Esto nunca es fácil porque la entrada es a través de los temas, que son temas de marginalidad, en vez de entrar con otro tipo de estrategias, como las oportunidades de política pública que estos temas abren. Cuando yo me doy cuenta del espacio tan vulnerable que ocupan estos temas, que dañan tanto mi carrera –y que llevan incluso a mi salida de El Colegio de México– es que comienzo a preguntarme: ¿eso nomás está pasando aquí o a qué responde?, ¿es una experiencia individual? Y me doy cuenta de que no, de que como todo lo demás –como mi condición de mujer, mi condición de lesbiana, mi condición de ciudadana, de intelectual, de pensadora– está en un escenario donde están pasando muchas cosas, y me pregunto qué cosas están pasando, y poco a poco empiezo a ver una especie de tamiz de antifeminismo que se va materializando, y eso es lo que me va llamando la atención estudiar.

Y ese antifeminismo, ¿viene de actores tradicionalmente antifeministas, como los sectores ligados a la Iglesia católica, o también ves un revival desde el pensamiento de izquierda?

No tengo la última respuesta, pero lo que yo he logrado ver es que hay un movimiento internacional que, efectivamente, se organiza para contrarrestar la influencia de los movimientos sociales de los últimos 20 ó 30 años. Hay coaliciones conservadoras, no solamente dentro de los países, sino que son coaliciones transnacionales, parecidas a las que empiezan a conformar los movimientos sociales en los años 1980 ó 1990. La diferencia es que nosotros lo hicimos con dinero de financiadoras de gobiernos de los países nórdicos que apostaban un poquito a estos temas, de donde ha venido el dinero para sexualidad, y ellos tienen dinero sobre todo de la Iglesia católica, de grupos cristianos, del gobierno de los Estados Unidos, de grupos islámicos, no sé de dónde más. Pero no es solamente un fundamentalismo, sino un intento más informado de frenar la influencia que puede tener esto, porque afecta económicamente un modelo neoliberal.

Entonces cada vez más en los medios de comunicación, en los partidos políticos, en las coaliciones locales, hay una idea de desplazar estos temas, una idea que tiene una enorme oportunidad de prosperar por el tipo de familia y sociedad en que vivimos, pues se va individualizando más la vida, la gente va tendiendo a apropiarse más de los derechos por el movimiento hacia la democratización que se vive en el mundo, pero eso no impide que mientras tú ganas ciertos derechos, ¡los grupos conservadores van logrando limitar otros derechos! Un ejemplo típico, que se ha estudiado mucho, es cómo Daniel Ortega, cuando llega a la presidencia en Nicaragua recientemente, aparece con una imagen renovada antiabortista –que a él no se le ocurrió en su casa–, que es una campaña de marketing que le permitió negociar con la Iglesia católica nicaragüense basada en una simulación de ser como una nueva izquierda moderna y moderada, que está limitando la agenda de los derechos, pero ya no solamente desde una bandera de tradicionalismo, sino como con una especie de prerrogativa de montar el cambio, sustituyendo nuestra agenda por otra que la contiene, por una agenda “pirata”, que parece que es pero...

Y desde el punto de vista teórico, ¿cuáles son, a tu criterio, los aportes que siguen siendo enriquecedores, críticos e innovadores en materia de sexualidad y derechos? ¿Y cuáles aportes teóricos pensás que ya cumplieron su ciclo?

¡Qué pregunta tan difícil! No tengo la menor idea...

Lo que te resulta a vos...

A mí el trabajo de Sonia Corrêa siempre me va a parecer lo máximo, el de Rosalind Petchesky, el de Richard Parker⁷ también. Yo he visto que en estos esfuerzos que vinculan

⁷ Corrêa, Sonia y Petchesky, Rosalind. 'Reproductive and sexual rights: a feminist perspective'. En Parker, Richard y Aggleton, Peter (eds.) *Culture, Society and Sexuality: A Reader*. Londres: UCL Press, [1994] 1999.

la teoría con la práctica hay un enormísimo potencial. Creo que algunas pensadoras fundadoras del campo, como Carole Vance⁸, hicieron la valiosa disociación entre práctica, deseo, pensamiento. Incluso las aproximaciones de Weeks⁹ a la historia de la construcción de la sexualidad... Foucault a mí me sigue pareciendo un autor de época. Lo que ha pasado es que ha habido una enorme especialización. Alice Miller también es maravillosa¹⁰. Yo no creo que sea un campo del que fácilmente se pueda decir que los autores ya han cumplido su ciclo. Incluso podríamos irnos más atrás, a Gayle Rubin¹¹, a Shulamith Firestone¹², a Luce Irigaray¹³. Todas ellas agregaron matices al conocimiento. Creo que todo ese pensamiento no ha sido superado, lo que sucede es que requiere ser recreado estableciendo nuevas conexiones para evitar que se achate y se aplique a lo más inmediato. Yo lo que cuestiono es que a veces los investigadores o investigadoras quieran aplicar en lo más inmediato de la vida cotidiana estas ideas complejas. Van y le preguntan a dos señores y una señora, y comienzan a sacar conclusiones sobre si tiene vigencia lo que dice Miller, Foucault, o quien hayan leído. Y eso lo único que hace es mostrar la falta de visión. Mi crítica es que el campo se ha burocratizado y por ello se ha desgastado. Y esa burocratización, en un escenario como el que estoy describiendo, con un sistema de investigadores presente en todos los países que los presiona para que publiquen, publiquen y publiquen, le ha quitado el eje de contribución. Eso pasa en todos los campos, pero en el de las sexualidades pasa más. Hay demasiada endogamia y demasiada autocomplacencia, porque la gente no quiere dejar de pertenecer al sistema, no quiere perder sus privilegios. Todo esto va haciendo que el trabajo pierda perspectiva.

Parker, Richard; Petchesky, Rosalind y Sember, Robert (eds.). *Políticas sobre sexualidad: Reportes desde las líneas del frente*. Nueva York: Observatorio de Sexualidad y Política, 2007. Corrêa, Sonia, Petchesky, Rosalind y Parker, Richard. *Sexuality, health and human rights*. Nueva York: Routledge, 2008.

⁸ Vance, Carole (comp.). *Placer y peligro: explorando la sexualidad femenina* (selección de textos). Madrid: Hablan las mujeres, 1989a.

⁹ Weeks, Jeffrey. *El malestar de la sexualidad*. Madrid: Talasa, 1985. Weeks, J. *Sexualidad*. México: Paidós y PUEG-UNAM, 1998.

¹⁰ Miller, Alice. 'Sexual but not reproductive: Exploring the Junctions and Disjunctions of Sexual and Reproductive Rights'. En *Health and Human Rights*, Vol. 4, No. 2, 2000. P. 68-109. Miller, A. 'Sexuality, Violence Against Women, and Human Rights: Women Make Demands and Ladies Get Protection'. En *Health and Human Rights*, Vol. 7, No. 2, 2004.

¹¹ Rubin, Gayle. 'El tráfico de mujeres: notas sobre la 'economía política' del sexo', en Marta Lamas (comp.), *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*. México DF: PUEG-UNAM/Porrúa, 1986. Rubin, Gayle. 'Reflexionando sobre el sexo: notas para una teoría radical de la sexualidad'. En Vance, C. (comp.), *Placer y peligro* (P. 113-190), 1989, ob. cit.

¹² Firestone, Shulamith. *La dialéctica del sexo*. Barcelona: Kairós, 1976.

¹³ Irigaray, Luce. *Espéculo de la otra mujer*. Madrid: Akal, 2007. Irigaray, Luce. *Ese sexo que no es uno*. Madrid: Akal, 2009.

Y en términos teóricos, ¿también hay una desvalorización de las investigaciones más macro, y un privilegio –ya sea por el presupuesto que exigen o por moda metodológica– de dedicarse más a investigaciones micro?

Yo creo que el campo ha estado dominado por un enfoque biomédico, porque de ahí es de donde han provenido la mayor cantidad de fondos; ese tipo de estudio, que tiene una aplicación muy práctica e inmediata, es el que ha tenido financiamiento para subsistir. Mucha gente ha escogido quedarse en esos campos porque son en los que encuentra financiamiento. Es una lucha enorme, entre todas las luchas que tenemos, la de dar una nueva perspectiva de política pública a la investigación para que el campo no se quede en un enfoque de bajo perfil. No se pueden hacer extrapolaciones gigantescas desde los estudios micro sobre comportamientos sexuales. Un ejemplo típico es el condicionamiento del estudio de las sexualidades por estar ligadas a la planificación familiar y, para poder subsistir con financiamiento público, el gran argumento político para conseguir fondos fue mostrar que el ejercicio de planificación familiar era apolítico. “Político” se ha usado también como término para querer decir “político es lo que yo pienso y estoy de acuerdo, y no estoy de acuerdo con los demás”. O sea, ideas simplistas de lo político. En ese sentido, también para mí resulta difícil describir lo que es el campo, porque en realidad lo que resulta muy atractivo es que es un espacio desde el cual yo puedo entablar conexiones hacia otros espacios, hacia otros pensamientos, el pensamiento social, el pensamiento político, el pensamiento cultural. Algunas personas que yo te he estado nombrando buscan trascender lo inmediato, haciendo articulaciones con un pensamiento más complejo.

¿Y no está también como cuenta pendiente el problematizar las nociones de derechos, política y Estado, que se toman como dadas, como si fueran términos que van de suyo y no implican un esfuerzo crítico para pensarlos en relación con la sexualidad?

Yo creo que hace falta alimentarnos a través de grupos de trabajo para ver lo que está pasando en las democracias existentes, cómo esto se vincula con las transformaciones del Estado, profundísimas transformaciones de los últimos 20 años: resubjetivización de las personas por los cambios económicos, las transformaciones en las mentalidades que ocurren en el mundo. Y todo eso nos implicaría un replanteamiento absoluto de lo que es derecho, Estado, ciudadano, individuo. Porque de otra manera nos quedamos con frases como “la democracia y los sujetos se están apropiando de sus derechos”. ¿Y cómo lo hacen? ¿Van, los toman, los llevan y los ejercen? Piden un anticonceptivo ¿y ya se apropiaron? Es un enfoque naif y las mismas fundaciones lo promueven, porque de alguna manera esta gran maquinaria que echó a andar el tema de los derechos sexuales estuvo montada sobre una noción muy estática de democracia, y lo último que se esperaba es que el mundo cambiara tanto en los últimos 20 años. Frente a eso nos quedamos con un discurso estancado: al no tener los recursos conceptuales, financieros, de articulación para continuar un debate intelectual, estamos estacionados en un mundo que es nuestro, pero

que no corresponde al mundo exterior en el cual están ocurriendo esas transformaciones. Entonces yo creo que un proyecto como éste que tú estás emprendiendo podría llevar a diálogos con otros grupos y actores, para detonar otro tipo de discusiones, te estoy hablando dentro de la academia o fuera de la academia, para poder tener un mejor acercamiento a estas cuestiones.

Y desde tu perspectiva, que has transitado tres décadas en estas discusiones, ¿hay generaciones distintas, identificables en términos biográficos o en términos temáticos? ¿O hay una continuidad dentro de la cual no pueden identificarse generaciones?

Bueno, sí hay generaciones. No es lo mismo las mujeres y hombres intelectuales de los países occidentales que acceden a estos temas, y que en general era gente de primerísimo nivel, o las grandes activistas, hombres o mujeres de la región, que no es posible compararlas con las micro personalidades que se han generado en los últimos 10 años, personas que toman este campo como un mercado de trabajo precario, y que lo que buscan es sobrevivir y no afectar intereses establecidos. Este campo, por todas sus características, tiende a atraer grandes personalidades, personas que son visionarias, o personas muy minúsculas, con un dificultad para articular, complejizar y para alcanzar niveles de sofisticación mayores que seguramente no sobrevivirían en otros espacios, y que se van ajustando a lo que hay para permanecer. Yo me temo que esto último prevalece en las últimas generaciones –aunque siempre han existido, en todas las generaciones–; los otros personajes, los visionarios, todo eso era más propio de los primeros grupos. Pero tal vez es inevitable, sucede en todos los campos.

Y hoy de ese perfil visionario, ¿dentro de qué preocupaciones se están encuadrando? ¿O ya no quedan?

Siempre hay gente increíble que está haciendo cosas valiosas. Yo te veo a ti, a Daniel Jones, Teresa Valdés, Mónica Gogna, Soledad Falabella y tantas otras personas buscando caminos. Hay mucha gente también jovencita que es genial, por ejemplo toda la gente del sudeste asiático, que está buscando hacer una construcción... Yo creo que también son las circunstancias, y las circunstancias, al menos en México, ahorita no ayudan mucho a generar personajes visionarios.

Y a vos, ¿te parece que existen algunas particularidades en América Latina para pensar sexualidad y política?

Nosotros siempre tuvimos el mejor discurso de todas las regiones. El discurso de América Latina fue sobre el cual los movimientos sociales articularon una perspectiva propia. Si bien los países como Estados Unidos e Inglaterra tenían un liderazgo en estos temas –por su ubicación estratégica, cerca de las fundaciones–, quien tuvo un discurso de punta fue América Latina, y lo sigue teniendo. En las otras regiones no hay una aportación conceptual

tan grande. Los propios estudios de corte demográfico ayudaron a construir este marco. Yo no tengo nada en contra de las visiones sociodemográficas, al contrario, me he tomado el trabajo de leer lo de Ivonne Szasz¹⁴, que es muy bueno, el análisis crítico que hacían Marta Rivas y Ana Amuchástegui era genial¹⁵. Lo que estoy criticando es el lado burocratizado que se le han dado a los trabajos.

Y conociendo también tu experiencia en este proyecto que generaste con el Sur Global¹⁶, ¿cuáles son para vos los desafíos para estos diálogos entre regiones del sur?

Creo que una cosa genial que teníamos nosotros –con “nosotros” no me refiero al proyecto, sino a los movimientos sociales–, era una interlocución internacional, que se ha ido perdiendo a medida que no tenemos esas plataformas de intercambio que todas las reuniones internacionales generaban. Estamos muy fracturados. Entonces, ciertamente, hay que construir un diálogo común. Y tú viste que cuando nosotros tratamos de hacerlo en el proyecto, si no había una presencia física, un intercambio, un encuentro, era muy difícil sostener esta discusión virtualmente. Los individuos tienen que encontrarse, conocerse, platicar, establecer confianza antes de lanzarse a hacer una aportación teórica mayor. Las reuniones de la International Association for the Study of Sexuality, Culture and Society (IASSCS) brindan un poco esto, pero son espaciadas y costosas. Me temo que la retirada de la Fundación Ford de estos temas, el bajo perfil que tiene hoy día la Fundación MacArthur y la inexistencia de una comunidad internacional que nos esté reuniendo hacia adelante, ha inhibido la posibilidad de intercambio. Entonces, estamos aquí por Skype, tú y yo, tratando de tener esta conversación, pero si tú hubieras viajado a México y hubieras podido hacer las entrevistas con las personas, eso te hubiera dado una sensación de mayor intercambio, de mayor apropiación del conocimiento.

¿Estás como nostálgica de un pasado mítico, o es simplemente poner en perspectiva la situación actual?

Más que nostálgica de un pasado, estoy como agobiada por un presente que se nos va de las manos, se nos va, se nos va, se nos fue... eso siento. Y no es mucho lo que se puede hacer. Me imagino que todos los movimientos y todos los grupos intelectuales que tuvieron una relevancia lo vivieron, ¿no? Sea el Círculo de Bloomsbury o los intelectuales de la posguerra. Tal vez son ciclos y uno tiene que aprender a dejar ir las cosas. Pero donde yo estoy, trato de preservarlo y de seguir construyendo. Aprovechando que estoy hablando

¹⁴ Susana Lerner e Ivonne Szasz (coords.). *Salud Reproductiva y condiciones de vida en México*, Tomos I y II. México DF: El Colegio de México, 2008.

¹⁵ Rivas, Marta y Amuchástegui, Ana. *Voces e historias sobre el aborto*. México: EDAMEX, 1996.

¹⁶ Proyecto de la Fundación Ford ‘Gender and Sexualities Studies in the Academic Curricula in Asia, Africa and Latin America’, coordinado por Adriana Ortiz-Ortega.

contigo, me interesa mucho saber si te suena muy atípico esto que te estoy diciendo. ¿Es un pensamiento poco compartido? ¿La mayoría de la gente tiene una visión más optimista?

En general, la gente que entrevistamos tiene una visión –como diría Gramsci– del pesimismo de la inteligencia y el optimismo de la voluntad. Reconoce las dificultades, obstáculos y derrotas y, a su vez, en general plantean un optimismo de decir “bueno, hay que seguir haciendo cosas”.

Claro, claro. Sí, porque yo creo que el tema es que, como todos los campos, requiere inversión, requiere planeación, requiere masa crítica y requiere voluntades. Aunque no lo hemos hecho como una estructura de tipo militar, de planificación centralizada, todo esto ocurría, pero cada vez está más desarticulado, depende más de la voluntad y de la individualidad. Ahora la gente igual hace reuniones, aprovecha los méritos que tiene, promueve ideas, pero lo que yo estoy preguntándome es si eso es suficiente para contrarrestar las tendencias que también se están organizando para que esto no suceda.

Bueno, como diría el dicho, “ladran, Sancho...”.

“Ladran, Sancho...”, pues sí, de alguna manera lo que tenemos nosotros es una nueva fuerza histórica, y el ejemplo más palpable son los derechos sexuales porque, como tú sabes, no fueron suscriptos finalmente en Beijing, fueron el límite de la discusión y, sin embargo, es donde hemos visto más avances en los últimos cinco o diez años, en la región y fuera de la región. Entonces sí, la historia tampoco se detiene porque alguien la quiera detener, y una tal vez tiene que ser menos aprehensiva, y dejar que las cosas vayan y vengan.

Adriana, ¿quieres agregar algo más?

A mí lo que me parecería formidable es que aprovecháramos para ver si podemos propiciar encuentros para tejer mejor los procesos políticos y las transformaciones culturales, para ver de una manera más clara cuáles podrían ser las aportaciones específicas que las regiones pueden hacer a la noción de derechos, a la noción de sexualidades, a los escenarios de cambio. O sea, recuperar la experiencia del proyecto de inserción de las sexualidades en la currícula universitaria, y de qué es lo que cada región comprendió como un componente central. Por ejemplo, en la región latinoamericana es evidente que hay generaciones, es evidente que el tema de las sexualidades se ligó históricamente a procesos de ciudadanía. En la región africana pasó algo parecido, pero también tuvieron una confrontación política más grande, que hizo que la relación entre proceso político y transformación cultural adoptara más fragmentaciones, más discursos. Y en la región asiática el proceso político parecería estar dormido, pero está emergiendo muy fuerte pues, frente al autoritarismo comunista, ellos van insertando sus ideas. Por decirlo de una manera muy rápida, en una entrevista, pero ¿qué tal si trabajáramos más sobre eso?